

EL JEFE
DEL
MUSEO ARQUEOLÓGICO
DE
TOLEDO



Sr. D. Benito Pérez Galdós.

Mi querido amigo: no quería haber escrito á usted tan pronto, pero el canalero suelto de Arimón que acabo de leer me ha encendido la sangre hasta el último extremo. Tengo pensado y casi hecho un artículo pegando fuerte á esa gentura. ¿Quiere usted que se lo envíe para publicarlo en El Correo? ¿Le parece á usted más discreto aguardar todavía á ver de esos señores indocumentados? Me parece un delito que cuantos le queremos á usted, y somos muchos, muchísimos, no hagamos algo en son de protesta contra esas barbaridades. Bien es verdad, que las cosas no deben dar lugar á protestas, pero también lo es que esa indecencia de El Liberal es de las que no se han hecho con nadie. Eso es un refinamiento de sana de los que sólo se tienen con quien está por encima de todo. *A tout seigneur, tout honneur.* Eso ya no puede aguardarse. Bien sabemos todos

y principalmente el público de buena fe que a usted no le alcanzan los tiros de esas nulidades, por unidos que empinarse quieran; pero, prácticamente, tan poco hay que perder de vista que millares de personas adquieren su cerebro todos los días por ~~de~~ el perro chico que les cuesta el periódico y llevan su respeto hasta donde llevarlo quiere uno de esos tiranuelos editoriales. Si seguimos tolerando semejantes especiosos, esto va a ser no ya la demagogia, sino la anarquía artística. ¿De cuando acá, no van a significar nada en este país veinte años de gloria conquistada a fuerza de ~~trabajo~~ trabajo y de genio? A un podía pasarse por lo que ocurría antes; es decir, porque los hombres de valer se claraban poco a poco en público entre el silencio de los que dirigen la opinión, á quienes ni usted, ni Valera, ni Menéndez Pelayo debe la más insignificante deferencia. Pero desde el momento en que tales caballeretes quieren asomar la jeta restañada y royendo con el furor vicinial de la impotencia, es cosa de procurar defenderse con no menor furia. Por todos los me-

diros posibles, buenos y malos hay que asaltar las tribunas en que esos entes se encuentran encaramados y arrojarlos á escobaron ó á patadas. La imbecilidad no puede prevalecer, á menos que quien tenga los dedos de frente y los adarves de sentido común emigre de España, maldiciendo de haber usado aquí. Ya un lo temía yo cuando, acaso indiscreta e irrespetuosamente, insistía con usted en que se retirase la obra. Antes era la borda de los medanos la que todo lo invadía; ahora ya son las nulidades más plebeyas y de seguir así, no sé dónde vamos á parar. ¿Y no se podría hacer algo para evitar estos desafueros? ¿No se haría ya caso de Llagaray, de Luitia, de Picon, de Clarin en esos periódicos del demorioso? La cosa, en mi humilde concepto, merece la pena de hacer una campaña ruda y enérgica y claro está que no la ha de emprender solo un oscuro provinciano como yo, aunque mi cariño supliría la falta de talento. Todos esos novatos de tan respetable autoridad ya sé yo que pesan al lado del de usted, pero es necesario que todo el mundo los vea or-

terrible y claramente en esta ocasión para
imponer silencio y respeto por la guerra,
si es preciso. Con callarse ya ve usted lo
que se adelanta. No es volverse contra
el fallo del público, ni intentar discutir-
le siquiera, sino tener á raya á quien debe
estar callado en un rincón, y que todo
el mundo vea con dauidad la cara ruin
de esos industriales de mala fé, para que
nadie haga caso de sus graruidos. En o-
tro país, ya todos los que algo valieran les
bieran tomado la iniciativa, pero aquí ha-
ce falta excitarnos á ellos y yo creo que re-
ponderán. ¿Le parece de esto á nuestro
excelente Tolosa?

Perdone usted, mi querido Don Be-
nito mi atrevimiento y mi exaltación. Tal
vez esto que le digo sean disparates, pero
he sentido la necesidad de desahogarme y
siento aún la de dudar muy fuerte. ¿Lle-
ve usted que dulle ó que se aguante los re-
cores. Yo que usted quiera, mande á su más
feruiente admirador y devotísimo amigo que
le quiere

Paco Navarro
Zaldemua

14-XII-94 fol.